Acaba UNA HUELGA

PERO QUEDA EN PIE, COMO NUNCA, EL PROBLEMA DE LOS TRANSPORTES.

El conflicto entre la Compañía de Tranvías y sus obreros, en sus aspectos inmediatos, ha quedado solucionado. Pero el arreglo transitorio a que pudo llegarse gracias a la actitud francamente conciliatoria de los obreros, no es, si se miran las cosas más a fondo, sino la tregua que se da a una cuestión que sigue pendiente.

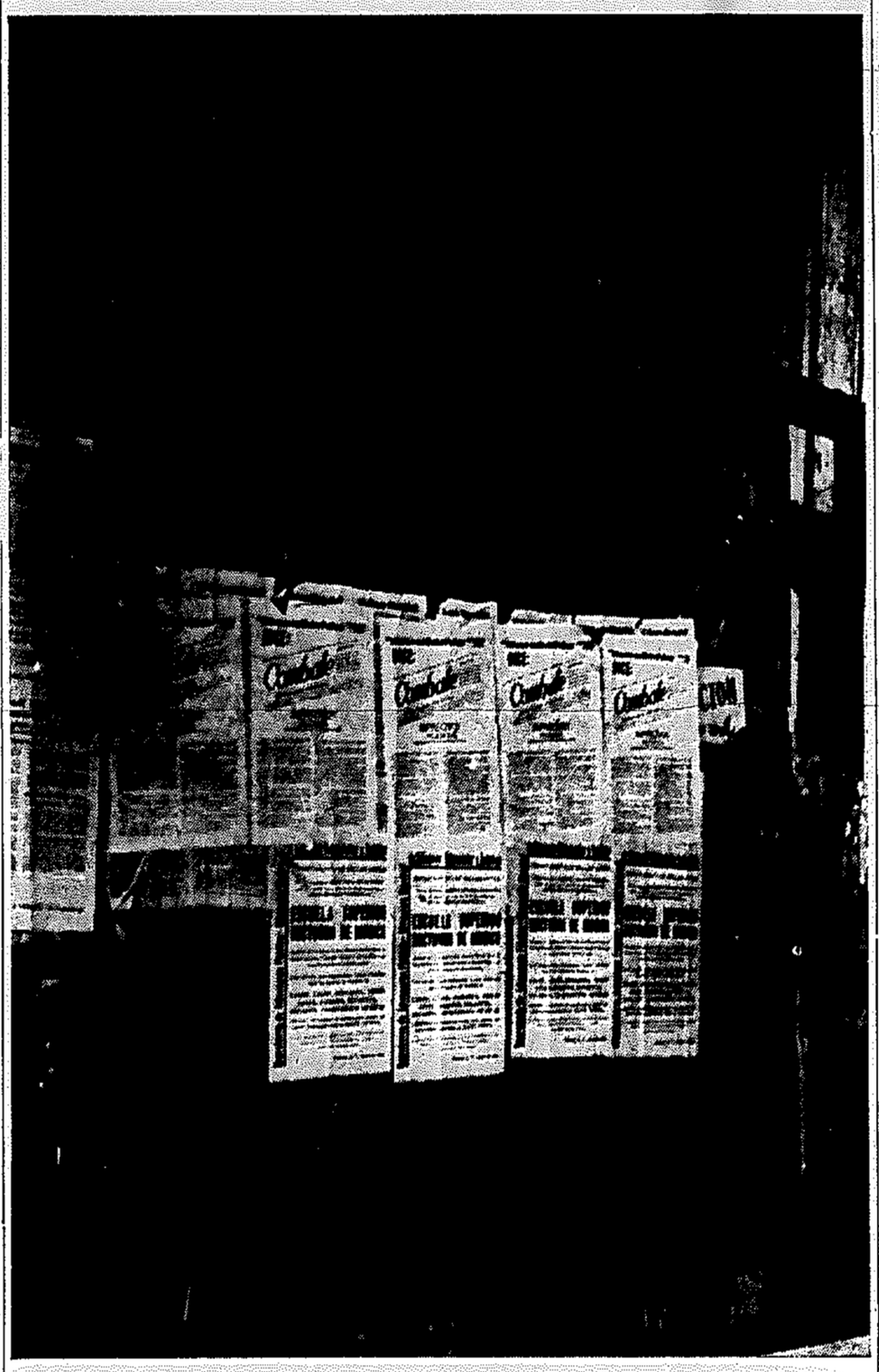
Ya en una ocasión anterior hemos dicho aquí que el problema que se ventila no sólo concierne a las dos partes en pugna; atañe directamente no sólo a los intereses de cuatro mil familias mexicanas, sino a los intereses más amplios de los habitantes todos del Distrito Federal. Y estos siguen esperando que se les atienda.

El problema mismo de los tranviarios, más localizado, pero no por ello menos importante, tampoco ha quedado satisfactoriamente resuelto. El triunfo parcial que estos han obtenido, y que nosotros somos los primeros en celebrar, no puede ni debe dejarlos satisfechos. Sus demandas, las más justas frente a una negativa de la empresa que ha durado veinte años y frente a la tremenda carestía de la vida, no pueden ni deben haber quedado colmadas con ochenta centavos que la empresa, con una habilidad de malabarista, pretende hacer creer que se los saca del bolsillo, cuando en realidad los ha sacado por anticipado, de los bolsillos de los pacientes vecinos del Distrito. Ya todos sabemos cómo fué "arreglado" el asunto. La empresa ha quedado obligada a aumentar los salarios por un valor de $1.240,000.00 al año. Sí. Pero veamos de dónde los obtiene. En primer término, claro está, de una autorización gubernamental que encareciendo aún más la vida en el Distrito, le permite obtener muy cerca de $400,000.00. Para lo sucesivo todos los "abonados" de la compañía tendrán que pagar veinticinco centavos más por su abono. Pero, además, la empresa ha conseguido un poco más: algo así como un certificado de buena conducta que le permite, nada menos, seguir su política de destrucción de su equipo. Para lo sucesivo la empresa ha conseguido una autorización para reducir en $450,000.00 sus gastos anuales de mantenimiento de vías. Como, por otra parte, el crecimiento de la población del Distrito es firme y constante y gracias a él la Compañía pudo obtener durante el año de 1940, (según ella misma lo ha reconocido) un aumento en sus ingresos por $400,000.00 debido al mayor número de pasajeros transportados; durante el presente año sus recursos se verán aumentados con otra cifra no menor a ésta última. Con ello el negocio ha sido redondo. Pese a la firme actitud de los obreros para impedir que el precio del transporte fuera aumentado, es el público y no la empresa, quien paga el justo aumento de los salarios de los tranviarios.

Pero decíamos que el arreglo es transitorio. Y en efecto lo es. Como los obreros no han obtenido plena satisfacción, al fenecer el contrato colectivo vigente y al formular el que deba regir después, exigirán —y con razón— que se les fije un salario que les permita llevar, junto con sus familiares, una vida modesta pero decorosa. Como de aquí a entonces los hambreadores del pueblo —comerciantes de mil clases— se habrán encargado de neutralizar el pequeño aumento que hoy reciben, los obreros se verán en la imperiosa necesidad, aun contra su voluntad, de exigir mejores condiciones de vida.

Tampoco ha quedado resuelto el problema más general de los transportes, que afecta a todo el público. Ya hemos dicho en un artículo anterior, por qué la empresa se empeña en dar mal servicio. Y hemos precisado las razones que tiene para ello. Un servicio público de esta naturaleza no debe estar en manos de una empresa privada y, mucho menos, al capricho de una empresa extranjera que en multitud de ocasiones se ha mostrado irrespetuosa de la ley mexicana. Menos aún, finalmente, en manos de una empresa cuyos intereses la llevan —por más absurdo e increíble que esto parezca— a dejar que su equipo se destruya. Como toda empresa capitalista su propósito es el lucro y no, dar un servicio eficiente. Como cual-

(Pasa a la pág. 6)



POR ESTA VEZ, PASE

El miércoles último, COMBATE recibió una sorpresa: de golpe vió su imagen, por millares, tapizando las paredes de México. Pronto nos dimos cuenta de que no éramos en rigor nosotros, sino algo cercano, aproximadamente fiel: algo así como nuestro retrato. Un poquillo deformado, y con un vocerío alrededor, que no es nuestro. Pero en fin, éramos nosotros. La fotografía que precede estas líneas dice con bastante claridad de qué se trata.

Sólo que ni la fotografía, ni nadie, ha podido decirnos otra cosa mucho más importante —para nosotros, para nuestros lectores, y, sobre todo, para la policía, que profesionalmente no puede ser ajena a este caso de publicación clandestina, que viola por ello la Ley de Imprenta y por ello y por diez razones más, nuestros derechos— nadie, repetimos, ha podido decirnos la cosa más importante: de quién, o, lo que parece más verosímil, de quiénes se trata.

¿Quiénes son esos papistas, más papistas que el papa, que se empeñan en hacer fija, aunque multiplicada, la circulación de COMBATE, tan acostumbrado ya a andar de mano en mano y de boca en boca y no a verse, estirado y como en la cruz, en la pared? ¿Quiénes son? ¿Se les figura que COMBATE no circula lo bastante, y quieren ayudarnos con una propaganda que, como habrán advertido ya los habitantes del Distrito Federal, hemos suspendido por innecesaria? ¿No se dan cuenta de que es inútil, pues todo mexicano patriota compra ya COMBATE?

Si ellos son los autores, queremos decirles: pase por esta vez, pero no aceptamos limosnas ni de publicidad, ni de propaganda, ni de nada.

Sobre todo, no podemos dejar de advertir a nuestros desconocidos, generosos, clandestinos, sospechosos propagandistas, que si —como dicen los anuncios desplegados — "para vidrios Velarde" y "para huevos Bautista", es bueno saber, que para circulación y propaganda . . . . COMBATE. Es peligroso jugar canicas entre las patas de los caballos. No necesitamos ayuda, y la próxima vez, la policía hablará a nombre de nuestros bien definidos y muy sagrados derechos, como que pertenecen a la familia de la inviolable propiedad.

Por encima del hombro de nuestros espontáneos colaboradores, que se nos figuran pequeñitos y traviesos como niños, queremos denunciar ante las personas serias y con responsabilidad— como nuestros lectores de buena fe, el Jefe de la Policía y los Procuradores de Justicia— el peligro que representa para nosotros eso de que se intente ir acostumbrando al pueblo de la ciudad de México, a creer que ve en las paredes, ediciones murales de COMBATE.

Esta primera vez se insertó un artículo que efectivamente es nuestro. ¿Pero, quién nos dice que no se quiere acostumbrar a la gente a ver COMBATE en las paredes, y después, cuando llegue el momento oportuno, atribuirnos lo que no hayamos dicho ni seamos capaces de decir?

COMBATE no está dispuesto a dejar que se le cree, poquito a poco, un "doble" fijado en las paredes, que comienza siendo fiel a su "original", pero que mañana puede sacar las uñas y empezar a esparcir —sembrando confusión en todas partes— ideas o palabrotas destinadas a que se nos atribuya una paternidad que resulte bochornosa o de inaceptables responsabilidades.

Por esta vez, pase, pues. Hasta creemos que pudo haber sido propaganda de buena fe.

Pero toda futura publicación clandestina, que para dar —mañosamente— la impresión de que estamos hablando nosotros mismos, se apodere de la cabeza de COMBATE, cuya propiedad tenemos ya legalmente registrada, topará de narices con la policía.

Y si no es clandestina, si cumple los requisitos de la Ley de Imprenta y da el nombre y el domicilio de su autor responsable, tropezará con la policía . . . y además con nosotros, que si no tenemos la fama de Bautista, tampoco estamos a la altura de tratar solamente con la delicada mercancía que Velarde maneja.

ENRIQUECIMIENTO DE RICOS

Y EMPOBRECIMIENTO DE POBRES, SIGNIFICA EL PROGRAMA DE ARMAMENTOS.

La creciente participación de los Estados Unidos en el conflicto europeo produce efectos bien distintos para los pobres y para los ricos norteamericanos. A pesar de los patriótiteos discursos con que se pretende velar la realidad, haciendo aparecer que el pueblo norteamericano desarrolla en estos momentos un esfuerzo común, y que las diversas clases sociales comparten por igual las responsabilidades, las ventajas, y los sacrificios que el programa de defensa impone, la verdad es muy otra. Lo que en realidad acontece es que los trabajos de preparación bélica tienden inexorablemente a hacer más ricos a los ricos y más pobres a los pobres.

Hace cuatro años el propio Presidente Roosevelt, en marcado contraste con lo que hoy afirma en sus frecuentes discursos, reconocía y señalaba los peligros que para el pueblo norteamericano tendría la aceptación de un programa de armamentos. En 1936, al aceptar su postulación para ser reelecto Presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt sin ambigüedad ninguna se expresaba así:

"Sabemos que por todas partes se están fabricando armamentos con rapidez vertiginosa, y que en su fabricación se utilizan los servicios de millones de hombres. Pero nosotros debemos llegar a la conclusión de que ese tipo de trabajo es engañoso y ficticio, pues no produce los artículos de consumo necesarios para la creación de una prosperidad permanente. Sabemos que para los países culpables de semejantes locuras, tarde o temprano llegará el día en que, o los armamentos producidos deban usarse contra el vecino, o bien, toda la falsa estructura económica se derrumbará como castillo de naipes".

Comparando esas frases con las que hoy se escuchan parecen haber sido pronunciadas por dos personas diferentes. Y efectivamente, el Roosevelt de 1936 era un Roosevelt distinto de 1941. Aquel era el Roosevelt que fustigaba a Wall Street y que ofrecía desarrollar un amplio programa en pro del seguro social, de la ayuda a los desocupados y de la contratación colectiva. El de hoy, por el contrario, es el Roosevelt que se ha lanzado por la ruta de la fabricación de armamentos, que felicita a los Morgan y a los Dupont por la cooperación que le prestan en esa tarea, y que ha ofrecido reducir todos los gastos públicos, excepto aquellos destinados a la producción de armamentos.

En tanto que los magnates de Wall Street hace cuatro años condenaban a Roosevelt por las erogaciones gubernamentales destinadas a la construcción de obras públicas y a la ayuda a los desocupados, hoy aplauden sin reserva los programas que destinan sumas mucho mayores a la fabricación de armamentos. La razón por la cual el vituperio se ha convertido en aplauso es fácil de explicar. Las erogaciones gubernamentales de entonces tendían a aumentar el poder adquisitivo de las masas, en tanto que las de ahora elevan las ganancias de los grandes monopolios. Según la revista *Business Week* de 2 de noviembre pasado, las utilidades de las 154 principales empresas de los Estados Unidos, durante los primeros nueve meses del año pasado, ascendieron a Dls. 518.841,935, en comparación con la suma de Dls. 370.523,250 que fué la correspondiente a las ganancias obtenidas por esas compañías durante el mismo período de 1939. El aumento ocurrido es de 40%. Pero el que se observa en algunos de los más poderosos monopolios es mucho mayor. La compañía *Jones & Laughlin Steel* registra un aumento en sus ganancias durante los primeros nueve meses de 1940 con respecto al mismo período de 1939, de 2,110%; durante ese lapso de tiempo el aumento para la *Republic Steel* fué de 224%; para la *General Motors* de 200%; para la *Shell Union Oil* de 87.9% y para la *United States Steel* de más de 450% (de Dls. 12.000,000 a Dls. ..... 69.000,000).

A la luz de las cifras anteriores, resulta fácil de explicar el júbilo con que Wall Street se ha entregado a la tarea de fabricar implementos de muerte, y, dejándose llevar por su entusiasmo, a hacer los más optimistas augurios. Según el *United States*

(Pasa a la pág. 8).